

TIEMPO Y ESPACIO EN ARISTOTELES Y KANT

POR HUMBERTO GIANNINI

Santiago de Chile, Andrés Bello, 1982, 124 p.

R El presente trabajo, según declara el autor, constituye un requisito fundamental para continuar su reflexión acerca de un importante y actual problema, como es el que se expresa a través de la contraposición “soledad-universalidad”. Indudablemente, Humberto Giannini ha iniciado esta reflexión mucho antes de comenzar a tratarla en su libro “Desde las palabras”.

La muerte de Enrico Castelli es el motivo que lo determina a sistematizar varios de sus pensamientos en publicaciones que versan sobre el tema de interés del maestro, pero que corresponden también a la propia experiencia e inquietud filosóficas. Así entonces, la búsqueda del tiempo común de Castelli para superar el tiempo “esaurito” —léase agotado—, es la propia búsqueda del encuentro y reencuentro.

El regreso al origen convergiendo por sobre la soledad y la dispersión temporal, la subsistencia del espíritu más allá de la muerte, es justamente la concepción del cristianismo, cuya fe ha sido separada de la historia por el tiempo individual que se agota.

La obra que reseñamos parte afirmando el reencuentro mediante una cita bíblica que, en calidad de epígrafe, revela la circularidad del tiempo imperando sobre la aparente linealidad natural de éste.

Soledad y convergencia tienen en su base un tiempo agotado y un tiempo común —uno lineal y uno circular— respectivamente. Ambas se revelan, además, en una espacialidad. A partir de este detalle se hace fácilmente comprensible la importancia de la investigación, que sobre tiempo y espacio, realiza en este volumen su autor.

El sentido general del trabajo está dado, según se habrá podido apreciar, desde un problema de fondo, muchísimo más amplio. Respecto de este último, puede muy bien ser considerado incluso como un gran capítulo o subtema. Semejante consideración, sin embargo, no le resta importancia, al contrario: se la confiere, puesto que permite comprender con todo lo que implica, la significación del paso desde un tiempo determinado a otro, en la historia, sin perder de vista los problemas más relevantes, y de los cuales sigue hoy el hombre ocupándose en su reflexión.

La exposición corresponde a las concepciones que dos grandes filósofos —Aristóteles y Kant— tienen acerca del tema específico.

Estructurada en dos partes, una para cada filósofo, la obra se apoya en el examen que hace el autor, del libro IV de la “Física” para el caso de Aristóteles, y una parte de la “Estética trascendental” en el de Kant.

Más que la mera aclaración de las posiciones puntuales de los filósofos, el propósito del autor consiste en mostrar que tanto Kant como Aristóteles —y a pesar de sus marcadas diferencias— al exponer sus teorías respecto de tiempo y espacio, se juegan en realidad el destino de sus respectivas filosofías. Tanta es la importancia que los conceptos señalados tienen en los sistemas de dichos pensadores. La lucha que entablan, cada uno en la época correspondiente, posee caracteres comunes. Para empezar, enfrentan un mismo oponente: la Ciencia Natural. Superan de la misma manera la tradición que afrontan: innovan, efectuando cada uno una revolución. Kant lo hace al estilo Copernicano, radicalmente. Aristóteles, más tradicionalista, lo hace al estilo conservador. Además, sea radical o con servadoramente, se constituyen en salvadores de Razón y Experiencia, términos entre los cuales median aun cuando cada cual estructure una posición propia, de acuerdo al factor enfatizado. El realismo natural aristotélico tiene debilidad por la experiencia, el idealismo trascendental de Kant es marcadamente racional. Tiempo y espacio son concebidos como categorías relativas al movimiento del mundo empírico real —según la primera postura—, y como entes ideales que condicionan la realidad como apariencia, desde la segunda.

En estrecha relación con el propósito expuesto se hallan los textos seleccionados. Efectivamente, en la página 10, Giannini dice: “... he querido hacer visible el tránsito subterráneo que se opera desde el tiempo recurrente de los antiguos —el tiempo del mito— hasta nuestro tiempo histórico; desde el tiempo Cósmico común, hasta un tiempo “humano, demasiado humano”. Aristóteles frente a la alternativa “inmovilidad o vacío”, entrega como solución el movimiento del mundo real y su causa inteligible. Kant, entre la concepción del tiempo real y del ideal, se resuelve a través de la idealidad trascendental propia.

En realidad, las dos partes del trabajo evidencian claramente la diferencia existente entre tiempo mítico y tiempo demitizado. La realidad temporal de las cosas, determinando al hombre llega a ser determinada por este último.

Ahora bien, en cuanto a la presentación aristotélica de tiempo y espacio, en la primera parte del volumen, cabe señalar que el tratamiento de ellos se relaciona a diversos factores que les confieren su real significación. A través de dieciocho temas breves se relaciona tiempo y espacio con movimiento y cambio. Nada permanece idéntico y estático en un mismo lugar en el mundo real en que el hombre se sitúa. Hay movimiento y cambio, dispersión y discontinuidad. Los principios invisibles de la realidad visible son la materia

y la forma. La primera cambia, tendiendo hacia algo de lo cual carece: estabilidad. Fin del cambio y del movimiento, es precisamente la estabilidad del mundo. El cambio es explicado a partir del principio metafísico Potencia-Acto. Hay movimiento de la Tierra y movimiento del Cielo. El primero es rectilíneo, finito, y regular y revela privación. El segundo, autosuficiente e inalterable, es circular; en él cualquiera de sus puntos es comienzo y fin (alfa y omega). Tiene carácter anterior y superior con respecto al movimiento lineal, del cual es su fundamento. Mide y hace converger la realidad, se relaciona con la parte superior del alma, operando como conexión hacia lo divino. En efecto, es el nexo mediador entre el primer motor inmóvil y el mundo lineal.

El elemento dominante de las cosas las hace tender hacia su lugar propio, lo cual no es sino la búsqueda de estabilidad, de convergencia, de reencuentro. El espacio se resuelve así en la extensión de los cuerpos y en un lugar a conquistar. Tiempo es una propiedad del movimiento, el número de él, según lo anterior y posterior. El movimiento circular mide todo movimiento, por lo tanto, es él quien mide el movimiento lineal y su tiempo. El genera espacio y tiempo.

Ser en el Tiempo significa ser medido por el tiempo, no están en éste, sin embargo, el mediador divino (inespacial y a-temporal), ni Dios, ni tampoco los principios invisibles de la realidad. El alma racional (forma) numera el movimiento. Aplica de este modo unidad a la dispersión múltiple sin caer ella misma bajo el tiempo que se agota.

El movimiento fundante del Estagirita implica, sin duda, un tiempo recurrente.

En la segunda parte del libro —compuesta de 5 puntos dedicados a presentar su tema desde la visión Kantiana— entra en materia, relacionando los juicios al tiempo y al espacio. Trata las dos entidades comparando con lo que ha estipulado Aristóteles. Continúa, haciendo la Exposición Metafísica de ambos conceptos, para finalizar en la significación de la realidad, su principio y su límite.

El examen de los juicios teóricos establece en qué consisten éstos estructuralmente, y cuál es exactamente su relación con tiempo y espacio. Los juicios analíticos, cuyo sujeto incluye el predicado, no son temporales. De los juicios sintéticos, cuyo predicado añade algo nuevo al sujeto, los que son a posteriori poseen carácter temporal y son contingentes. Los juicios sintéticos a priori no son temporales, por este motivo tienen carácter universal y necesario. Los juicios sintéticos a priori de la geometría se fundan en el espacio, los de la aritmética en el tiempo. Por su necesidad y universalidad los juicios sintéticos a priori no pueden fundarse en la experiencia, puesto que ella sólo otorga

contingencia. Ahora bien, como se fundan en espacio y tiempo éstos últimos no pueden ser empíricos. De serlo no podrían conferir, como lo hacen, ninguna necesidad ni universalidad.

Espacio y tiempo son los puntales de la revolución Kantiana. Como formas espirituales determinan las cosas, son factores que están en la base de la constitución de la experiencia. Ya no es que el tiempo exista porque hay movimiento. Ahora hay movimiento porque está su condición: el tiempo.

La exposición metafísica de tiempo y espacio entrega una muy clara visión de lo que ellos son y de sus propiedades esenciales. Como intuiciones puras y a priori, anteceden y hacen posible toda experiencia y todo conocimiento de ella. En verdad no constituyen propiamente lo que se llama un concepto, tienen una infinitud en su base y son únicos.

La experiencia que estos factores cimentan, constituye la Naturaleza. Esta es una realidad que se nos aparece en el espíritu, gracias a él mismo. La realidad, asible teóricamente, es apariencia que depende del sujeto. Ocurre entonces que el sujeto finito productor de principios invisibles del mundo, como son tiempo y espacio, en rigor ha perdido relación con la realidad tal como es. El Universo dependiente de una voluntad temporal finita tiene su límite en la apariencia, es también ella el límite de tiempo y espacio. La incapacidad revelada a través del límite, parece opacar la grandiosidad del espíritu humano que la revolución copernicana establece. En realidad, el espíritu no se agota en un solo campo, como es el de tiempo y espacio. Lo negativo puede convertirse en positivo, éste es un constante juego Kantiano. Así, la voluntad libre, no temporal, puede recuperar el contacto con la realidad en sí, pero desde una labor espiritual totalmente diferente. Por otra parte, la imposibilidad de conocer las cosas en sí reduciéndose lo cognoscible a los fenómenos, muestra demitizadamente al tiempo y al espacio. Con la concepción Kantiana se produce una imagen de la realidad acorde a la época, la imagen humana del tiempo no es la del mito, lo divino se ha trasladado.

A modo de consideraciones generales, y para finalizar, hemos de destacar el hecho de que a través de la lectura de la obra el tema, en relación a su trasfondo, se torna apasionante. La exposición es clara y el objetivo bien logrado. La bibliografía en la cual se apoya es concisa y muy acertada. Sin poseer un corte netamente pedagógico, el trabajo cumple una misión de ese tipo. Deja el deseo de seguir en el tema.

Esperamos que no sólo lo haga Humberto Giannini, sino también quienes lean su libro.

Ives Benzi Z.